

LOS CATALANES Y ARAGONESES EN ORIENTE.

Entre los hechos más sonados de la antigüedad, no cuenta mayor la historia que la retirada de los diez mil griegos, con su capitán Jenofonte, varón insigne, no menos por la espada que por el ingenio, pues por su boca hablaron las musas, según la expresión de Quintiliano. Tienen las generaciones un sello para las grandes cosas; y de modo las señala, que van pasando a la vista de los siglos, con más prestigio y rumbo cada vez, lejos de desmejorar con el transcurso de las edades, conforme a la condición de los humanos acontecimientos. Mas no les cabe igual fortuna a todos; y donde unos yerven en la memoria de los hombres, otros, de la misma suposición, o más subida, por ventura, se van a fondo en el caudal del tiempo, o sobrenadan apartados en orilla no sujeta a nuestros ojos. Los griegos se abren paso por infinidad de pueblos enemigos; espada en mano, rompen por los dominios del poderoso Jerges; truenan y centellean; y atropellando el Asia, dan al fin con el lugar, después de afanes inauditos: atravesaron desiertos, escalaron montañas, entraron ciudades y fortalezas, todo sobre cadáveres amontonados, por sus brazos invencibles. Grande hazaña es ésta, para no olvidarse nunca: diez mil extranjeros, acometidos, acosados por millones; ejércitos por detrás, rios y armadas por delante; obstáculos de la naturaleza, e industria de la venganza; enemigos a la redonda; hambre, sed, muerte por donde vuelvan los ojos; y todavía el anhelo de la patria y la existencia; el arrojo y tesón del ánimo; la perspicacia del ingenio, y nada tanto cuanto el amor a la honra, volvieron a esos hombres unos como dioses invencibles, no para los tiros de los medos, que hiriendo y destrozando a un lado y otro, ganan en fin la patria, en tantos siglos de gloria cuanto ha de durar el mundo.

Sucesos registran las historias de menos sonada que éste; mas, en verdad, si va a decirlos, no menos dignos de renombre. La justicia trae siempre la balanza desigual: su fiel va y viene, como las pesas de un reloj des-

arreglado, sin acertar, sino muy rara vez, aponerse en su cajón. De donde se origina que los hechos de los invictos catalanes en Oriente, tengan espacio tan corto en la memoria nuestra, cuando, si fueran atenienses, y Milciades su Capitán, o Jenofonte, no le cederian a Maratón o a la famosa retirada. Escasísimo número de aquellos, tal como ocho o nueve mil, hacer rostro a los turcos, vencerles, dar con su poder en tierra, dejando a las naciones cristianas libres del amago a que se estremecian: volverse en seguida contra Andrónico, cuyo desagradecimiento, de amigos y defensores les tornara en contrarios y devastadores del Imperio: vencer ejércitos innumerables, matar, destruir, allanar ~~sikax~~ y quedar dueños de las provincias del Asia, todo a despecho de los turcos, en seguida a pesar de los mismos Emperadores de Oriente. ¿Y la suma de valor tan grande y tales obras? Permanecer espacio de catorce años, en medio de armas innumerables enemigas, dejando como remate una como dinastía en esos países, la cual, con alguna constancia en la fortuna, fuera adelante de los 150 años que duró la casa de Aragón, entronizada en tan remotos climas.

Fue, pues, que cuando el duque de Anjou, soberbio Carlos, hubo quitado con la vida la corona a Manfredo, rey de Sicilia, y añadido allí luego a esta maldad otra mayor, con dar muerte al infelice Conradino, último príncipe de suevia, los sicilianos se ^{vieron} ~~vieron~~ de improviso simados en la esclavitud, sin valedores, sino el propio sufrimiento y la esperanza, nunca perdida, de recobrar la patria, ya que no podemos llamar tal, si al arbitrio de un tirano. Tan adelante llevaron el despotismo los franceses, y a punto subió la crueldad, de casi no permitir hablar al oprimido; que era poner rienda al mismo pensamiento, coartar el albedrío, y volver a los hombres aparatos de moverse a voluntad ajena. Presión como ésta reventó luego en sangre. Juan Prochita urdia a sordas la tragedia de las Visperas Sicilianas, cuyo desenlace fue estrago y esterminio de los injustos opresores. Ser dominantes y morir, todo fue uno en esa jornada sozobrosa; por extremo y de manera que las mujeres mismas, francesas y no tales, cuyo seno se juzgaba contener simiente de enemigos,

fueron pasadas a cuchillo, sin que les pudiese valer título de hermana, madre o compatriota de los confabulados. Los intrusos acabaron en un día: como Carlos, empero, se pusiera en cobro, fuera clamando por el reino de Francia, pidiendo a todas voces armas con ~~vasti~~ que castigue a los rebeldes, enfrente el reino y alze de nuevo el trono, sobre cadáveres humanos, más que la vez primera. El apoyo buscado hallóle luego, bien así en los príncipes, sus deudos, como el el pontífice romano, auxilios prepotentes, y por las armas, y por el olor que exhalaban de divinos.

En estrechura semejante, y cuando Carlos se venia tronando y relampagueando, a la cabeza de su numeroso ejército, los de Sicilia vuelven los ojos a D. Pedro de Aragón, con súplicas y lágrimas le consiguen ablandar, y acude luego a hacer rostro al enemigo. Fue entonces cuando D. Pedro se mostró por su persona no menos gran soldado que gran príncipe, si a sus solas bregó por la libertad de un pueblo, en cuya contra conspiraban todas las naciones: el mismo rey Alonso de Castilla, con ser deudo suyo tan cercano, se salió de su amistad, arrimándose al mayor poder, según la costumbre que corre, cuando más se hace para sí que en pro de la debilidad y la justicia. Luchó D. Pedro con el rey de Francia, con el Papa, con los genoveses y con todos: defendióse, defendió a Sicilia, batalló como héroe, a mares vertió sangre, triunfó y salióse con la suya. Débese considerar, y todavía no tener para menos, que este monarca militaba con grandes Capitanes, cuales eran Roger de Brindez, Berenguel Entenza, y Roberto de Rocafort, hombres capaces del cielo y de la tierra, que al lado de Alejandro hubieran hecho insensible la ausencia de Clito y Parmenión.

En su punto las cosas de Sicilia, los victoriosos catalanes y aragoneses se hallaron sin saber que hacer de la su espada, pareciéndoles nada consonante con su genio colgarla de la percha y darse a la bienandanza de la paz. Gente curtida en los trabajos, hecha al peligro, a quien nada le va

el que la muerte dispute lindes a la vida, tiene a mengua la quietud, y ansia por el tumulto de la guerra: el silvo de la bala, el brillo de la hoja sanguinaria, el relincho y piafar de los caballos, música es ~~para e~~ para el guerrero, que se regocija y vive en los festines de la muerte.

Enseñoreados del Asia Menor los turcos, comienzan a mirar en Europa el blanco de sus tiros. Tales bárbaros no se hicieron conocer sino al promediar el octavo siglo, en que, saliendo de su oscura tierra, la antigua Seythia, corrieron a modo de aluviones, por las partes comarcanas. Helesponto fue por algún tiempo, obstáculo para su ahinco, no otro que apoderarse del imperio de los griegos. Andrónico reinaba entonces, hombre impío, que descomulgó a su padre difunto, por haber seguido la religión cristiana. Bajo este emperador, suma de vicios, el imperio no se veía posibilitado a acotar las invaciones, bien por el apocamiento de los ánimos, bien por lo enflaquecido de las fuerzas. En vista del peligro, plega Andrónico a los monarcas de Europa: el rey de Aragón es el primero en acudir, dando licencia a Roger de Brindez, para militar en el Oriente, valeroso Capitán, cabeza de los ejércitos, sin cuyo brazo, nada hacían los reyes de grande por entonces. Rogers, en pacto con Andrónico, zarpa el ferro con una armada de 5,000 combatientes, y se va la vuelta de esos mares; corto número, en verdad, para empresa ~~tan~~ tan de bulto, si bien soldados viejos, curtidos en todo linaje de fatiga, maestros de la guerra y dueños de la victoria.

Una vez Roger de Brindez en Constantinopla, decláranle ⁿ Megaduque, dignidad del imperio, la mayor tras la de César. María, señora de mucha cuenta, como sobrina del mismo emperador, viene con su mano a estrechar la alianza de los griegos y sus auxiliares: bodas fueron esas celebradas con el aparato más solemne y más real que nunca se había visto, dando al de Brindez a ganar no menos honra que ventura, sin María, mejor que con lo de princesa, acertó con lo de esposa. Voluntad y felicidad, aseguradas de este modo, prosiguen los catalanes en su fin; y dando en breve con los tur-

cos, les pasan gran número a cuchillo. Alzar la lanza de sus lomos, cosa habria sido ocasionada a rehacerles; síguenles, por lo tanto, en la derrota, alcánzanles orillas del Pactolo, deguellan y esterminan la bárbara canalla. Todo por término y de suerte, que junto con desvirtuar el riesgo y confirmar el ánimo de los emperadores Andrónico y Miguel, ganó la gente catalana renombre y poderío, capaces de llevarlos a la mayor fortuna, si no la estragaran por sus obras. Al ver en su estrado la paz, no hechos para el sociago, anse a robar, talar la tierra, violar mujeres, matar labradores y otros desafueros de esta clase, en talle de bandidos consumados y feroces: cosas para encender la rabia de los griegos, y acarrear golpes y más golpes, como luego cayeron sobre los victoriosos, innerecidos, si en sazón hicieran alto.

Nueva riada de bárbaros corria en este punto de la Seythia, amenazando otra vez, a más de muerte, a las razas cristianas dominantes en Europa. Roger, en vista del peligro, determina luego pasar a Andrinópolis, a verse con Miguel, hijo de Andrónico, antes de abrir la campaña contra tales bárbaros, a fin de obrar en ritmo acorde para la guerra y vencimiento. María su esposa, como quien estaba al lado de la condición de los griegos, y más aún de la índole de su pariente, con lágrimas que todo el rostro le bañaban, no se cansó de repetirle: "En este viaje malhadado, va nada menos que tu vida, Roger mio querido: Miguel te odia de muerte; sólo ocasión necesita para dártela: celos, rabia, envidia y mil pasiones encontradas, guerrean en su corazón, para ruina de nosotros. Los robos que perpetran los soldados, se atribuyen a tí; las muertes de los indefensos habitantes, se atribuyen a tí; las violaciones de doncellas y casadas, se atribuyen a tí; a tí el desacato de los aragoneses por los príncipes; a tí los males que, en suma, se padece en el imperio. Tu muerte fuera poco para los ofendidos; y si a la descubierta no la procuraron, no fue agradecimiento de los servicios tuyos, templanza o aversión al crimen; fue tansolo temor de tu gran-

deza. Mas una vez que a su salvo puedan poner de manifiesto los planes que hierven en su imaginación, no darán paso atrás, y la perfidia ha de coronarse con tu sangre. Si los temores de mi corazón y los avisos del cariño no son hartos a moverte, muévate, muévate la experiencia que, como griega, tengo de los griegos, que como de la misma casa, tengo de Miguel. A la muerte vas corriendo, Roger, querido mio. Si el llanto, empero, en que me ves, y las previsiones de tu esposa, no bastan a torcer este viaje, ya contigo, llevada de la esperanza, más dulce que la vida, de morir a tu lado

Roger entonces, lanzando llamas por los ojos, a la idea de tan inicua trición: "¿Los griegos son capaces de verter mi sangre, por haber preservado yo la suya? ¿Sonlo de urdir infames redes, a quien vino a salvarles del furor musulmico? Me van a matar, dices, Maria: teme no injuries al emperador y principes, con temor por tal extremo adelantado. No se mata a quien se debe la vida; no se mata a quien nos libra de la servidumbre; a quien nos ha conservado libertad y patria, no se mata. Vuestro umbrales los turcos ya pisaban, haciendo rechinar las cadenas, aparejados a los griegos; los brazos de la Cruz ya se caian, en presencia de la Media luna, Europa temblando a tan funesto amago, sin saber a qué quedarse. Acudo entonces con los mios, doy sobre los infieles, arróllolos, vézoles, destrúyolos, no muertos por la espada, huyen a buscar de nuevo los rincones de la Seythia. Libre queda el imperio, libre Europa, el cristianismo libre libre, y en el trono seguros los Paleólogos. Mi esposa dice bien: causas son éstas para labrar la destrucción de Rogers y los catalanes. ¡Qué maravilla que soldados indómitos de suyo, fogueada su insolencia más y más por las victorias, suelten la rienda a tal cual desafuero, si después de tantos triunfos y fatigas, ven nacer la ingratitud del seno mismo del beneficio? Mayor maravilla es que Andrónico y Miguel estraguen la obligación, con negar a los soldados el sueldo debido a la milicia, aún en tiempo de paz. Se les niega de qué vivan; pues lo toman mis soldados. ¿Ha de merecer, por esto, su Capitán el último suplicio?

Fue por demás a la princesa colgarse de los Tenientes que más privaban con su marido, en orden a decidirle todos juntos a renunciar a la visita del emperador Miguel: el ánimo generoso del guerrero no admitía iniquidad por tales términos; y sin dar oídos a las sospechas de los suyos, o menospreciándolas si las recibía por fundadas, partióse luego para Galipoli, acompañado de María y de un tropel de doscientos almugáraves. Miguel Paleólogo regia por entonces un grande y poderoso ejército, justamente en pie, con el propósito de domar a los catalanes, si llevasen a más sus atropellamientos, y aun de esterminarles, conforme al odio que por ellos creaban los emperadores. Iba, por lo tanto, Roger de Brindez, el verdugo, sin resguardo, sino pocos camaradas, débiles por el número, caso de haberse menester las armas.

El príncipe acertó a componer el rostro, al modo de Tiberio: brazos abiertos, sonrisas de benevolencia, lisonjas al valor, prendas de seguridad, manifestaciones de la mayor estima, nada faltó para la red en que Roger se echaba. Y como los días transcurriesen sin pruebas sino de generosidad, reprendía a su mujer y Capitanes la duda insultante y los temores suyos, acerca de trabucar su viaje a la corte de Miguel, socio del viejo Andrónico, en la regencia del imperio.

En esto, aparéjase un banquete, en son de honrar al César, (lo era el Brindez) y mostrarle resquicios cada vez más claros, por donde viese el subido respeto que alcanzaba de los griegos. Toma Roger la diestra del emperador, cual persona de la mayor preponderancia, entre tanto señor y grande como el reino contenía: su esposa llega asimismo al puesto de más honra, y todo en la mesa parece encaminado a que resalte el poderoso huésped, bien con finezas de corte y ceremonias, bien con tocar muy de propósito los servicios y proezas de los catalanes. Habló sobre todo el príncipe del vivo placer que le causaba la visita del General, y del sentimiento no menor de su partida, la cual ya se verificaba dentro de breves horas.

Conesto, el humor y buen talante del festín seguía su camino, echan-

do de ver muy claro el cortejo de Roger, y aun la propia María, cuán sin fondo quedaban sus recelos, pues en lugar del crimen previsto por la timidez, agolpamiento de cortesías, honores tras honores, para aquel cuya muerte se temió tan de ligero, era lo que había que ver y descubrir. Modos de manifestar al César en cuanto era tenido por los imperantes, no se economizaron; por lo cual, y con el mismo fin, Georja y Gregorio, Generales de los Alanos y Masajetas, al servicio del imperio, armados de todas armas, a la cabeza de buen golpe de esbirros, preséntanse en la sala del banquete, bien como de guardia de honor, en achaque de realzar la pompa de la real comida.

Tembló María Zaura a su presencia; vio ^{la muerte Roger} en los alfanjes de los per-
fidos. Y cuando por aviso espontáneo de natural conservación, echa mano a la espada para defenderse, no la hubo tirado un jeme, cuando cae a la mesa su cabeza, y de un bote al suelo, dejando un requero de sangre en los manteles.

Como todo esto obró ~~en~~ aquel príncipe, cuyo traspaso, bien así de las leyes divinas como de las humanas, añadió leña al fuego en que ardian ya los catalanes, y puso pólvora al resentimiento de los corazones. Sabido por ellos el desastre de su General, jurar por Dios y el universo la ruina de sus enemigos, parecióles poco todavía. Alzan luego a Berenguel Entenza al puesto de Roger, claro varón, si por la sangre, si por los hechos suyos en batallas sin número y sin cuento. A la muerte del uno, era el otro Megaduque: ensalmos y condecoraciones las mayores le hacian el primer caballero del Oriente, cediéndole tan solo al emperador y a Roger, y esto por mera cortesía, o más bien por alteza de aficiones. Pues como Berenguel arribó a Constantinopla, al servicio de los griegos, Andrónico ofrecióle, de su buena gracia, el título de César, noblemente renunciado en favor de Roger, cuyos merecimientos le parecia superaban a los suyos. Roger de Brindez, a su vez, por oponerse en generosidad a su comilitón illustre, rogó al Emperador traspasara el dictado de Megaduque a Berenguel, ya que nadie sabria mejor acreditarlo. En tal ocasión se vieron estos Capitanes, César el uno, Almirante el otro, y gran Señor de flotas y de mares, todo

en despecho y rabia del príncipe Miguel, no menos que de los otros griegos de renombre, puestos atrás de gentes a quienes decían mercenarias y extranjeras.

Varones de tal esplendor, nada tardaron en poner de manifiesto, que si anhelaban por la gloria, y desalados lanzábanse en pos de ella, de poca monta o de ninguna eran en su ánimo, las insignias de grandeza, apartadas del esfuerzo propio. Fue así que Berenguel, apenas instruido de la muerte de su amigo, todo enfervorizado y ardiendo en justísima venganza, echó al mar los 30 vasos de oro, real obsequio de Paleólogo, vestidos imperiales y preseas, junto con las insignias de Almirante y más títulos de grande del imperio. Hallábase a la sazón en Constantinopla, donde tal desacato e insolencia fueron cometidos a ojos vistas del emperador, y de la corte y de la guardia, por cuanto ~~le~~ nada le iba al héroe en la indignación de los traidores, si espada en mano, podía romper por todos, salir fuera, encabezar a sus compañeros, y llevar adelante la reparación de los ultrajes, como luego lo puso por obra, con indecible arrojo.

Desde este punto, los griegos las habrían con los catalanes, a rostro descubierto, a cuya lucha, el estermio de los segundos se mostraba más claro que probable, si el valor apenas alcanzaba a ser ayuda a tan escaso número. Como la muerte, empero, presume más que la vida, en trances de honra, catalanes y aragoneses, a una voz, se apalabraron, y juraron no alzar la mano en la guerra, a menos de no morir tantos cuantos eran, o haberse vuelto, por la espada, dueños y señores del imperio. Empresa allende el número sino el valor de quienes tal se proponían, difícil de principiar, de llevar adelante dura, imposible de coronar, conforme al natural aspecto de las cosas, y a aquello que a la vista podía esperarse, si mirado todo en justos términos.

Cuando el asalto al César, quedarían de los catalanes y aragoneses, apenas si mil quinientos, visto que las estrechuras de la guerra, hambres, pestes y males de esta alcuña(I), que azotan a los ejercitos, habiendo mi-

nado y cercenado de manera que, si para amigos eran pocos, menos para enemigos, habiendo de tomarse a brazos con todo un vasto reino.

Miguel Paleólogo, sin el molesto embargo del antifaz que hasta entonces le ~~habían~~ vendia por reconocido de sus favorecedores, tan pronto como libre de Ruger, muévase con el ejército contra Galípoli, cuya rendición la da por averiguada, sin pararse a recordar de cuánto eran capaces los invictos españoles. Y en realidad de verdad, ¿qué pudieran cincuenta contra mil? Por ventura era mayor la disonancia de las fuerzas, si bien el valor de los unos tampoco hacia consonancia con el de los otros. Con todo, los sitiados de Galípoli no fluctuaban entre la esperanza de la vida y el temor de la muerte; pensaban sólo en hacer ésta más honrosa, y vender la primera por más sangre, teniendo por seguro el perecer, en vista de los cincuenta mil enemigos que venian al asalto de tan pocos, gente sí hecha a la guerra, y habituados a matar veinte para morir uno. Escasas como eran las fuerzas de los catalanes, salieron de la armonía Berenguel y Roca fort, y propuso cada cual un trazo de campaña diferente, no sacando, en suma, sino la división de ánimos y soldados; cosa de trascendencia la mayor, en estrechuras semejantes, que lleva a la ruina, a más andar, a quienes obran de tal suerte, si la fortuna no remedia con una de sus extravagancias.

Berenguel Estanza, por llevar adelante su concepto, y como quien podía más que todos, toma consigo 800 de los más esforzados, y se encamina la vuelta de la antigua Propóntide, llamada Mármara en el día. Su fin es llevarlo todo a fuego y sangre; matar sin distinción de edad ni de sexo; dar a las llamas las ciudades de las costas; capturar y hacer presas las naves de los griegos, sin vislumbre de esperanza para ente con vida, que tuviese visos de contrario. Hizolo todo, y no de otra manera: degolló, saqueó, incendió, desoló la isla de Mármara, y con presteza increíble, volvióse sobre las islas de Tracia, donde obró los mismos hechos. Allí entró Recree, por fuerza de armas, ciudad principal y rica, más que todas: los habitantes pasados a cuchillo, los animales echados al mar, los edificios pre-

sa de las llamas: nada debía guardar subsér, en presencia de este subversor del universo: mueran los vivos, desaparezcan las cosas inanimadas, rastros queden y señales, donde quiera, de la venganza y rabia de su pecho.

Andrónico, sobre aviso de como la furia y rigor de los catalanes azotaban el imperio, esplayándose en inermes criaturas, alza nuevos ejércitos, y Calo Juan a la cabeza, envialos a hacer rostro a Berenguel, y traer a Constantinopla la cabeza de tan descomunal corsario. Avístanse las dos contrarias huestes; y tan pronto como eso, vencidos y deshechos los de Calo Juan, dan pastura abundantísima a las hambrientas lanzas de los españoles, porque el misero de tardo pie, si en la fuga no pone la esperanza, , por demás sería vislumbrarla en la clemencia de los vencedores o en la paz del rendimiento. Mil pasiones atosigan el corazón de esos feroces hombres: generosos en el mal, muerte dan a manos llenas: el mote de su pendón, en rojos caracteres, dice: MUERTE. Muerte y esterminio es el fin de sus empresas.

Tras tan acabada victoria, teniendo los catalanes entendido que, su Dios guerreaba en junta suya, pues tales triunfos alcanzaban que parecían imposibles, determinan jugar a resto abierto, y embestir a la misma capital del reino, con ser pocos, hasta el punto de no pasar de 700. Únese, pues, a la resolución el hecho, y tiran con su flotilla la vuelta de Constantinopla, ciudad a la que afrontan luego, y sin más danla por suya, puñado de piratas como eran, de cortísima supusieron, a no ser por su arrojo y fortuna inapeables. Andrónico, que sobre mal cahallero, es corto de ánimo, con grandes alharacas levanta el pueblo todo, sin fiarse, cual debiera, a las guardias de turcoples que tenia a su servicio, gente no menos numerosa que rompida a las cosas de la guerra. La canalla y muchedumbre no sirven sino de grillos al soldado, si en uno con él en estrechas coyunturas; con más, que pueblo embrutecido en el regazo de la esclavitud, no aspira a defender la patria, por cuanto no la tiene, y si algo intenta, por ventura, nunca salió con ello.

Andrónico temblaba, a la vista de la flota aragonesa: Constantinopla en manos de los enemigos, y ni un día más de vida para el imperio de sus progenitores. Cosa de gran maravilla, si tuviese lugar un golpe de pocos extranjeros: sojuzgar y hacer suyo un vastísimo reino, prevalidos de la espada, sin elementos, sino los del valor, sin incentivos, sino los de la gloria.

La fortuna es muy hembra enrevesada; traer su condición a la constancia, propósito sería superior al esfuerzo del más hábil. Lo que el héroe gana por el brazo, piérdelo por capricho suyo, pues tal es de estragada, que quita loor y dicha a quien supo ganarlos, para hacer ~~tan~~ traspaso de ellos a quien ni supo merecerlos. Por esto el preclaro Berenguel, a punto de verse señor del grande imperio de Oriente, por la fuerza y el demuedo, de la noche a la mañana vióse por la traición cautivo y aherrojado en una cárcel. Pues en sazón que tomaba tierra el héroe, Eduardo Doria, almirante de la Flota Genovesa, aparece en el Golfo: naves, en número mayores; gente ^{de} guerra, otra que tal; dañadas intenciones, maldad y zorrería, sobretodo. Reconocido Berenguel, Eduardo, Almirante, ordena encabezar "La Capitana" con grímpolas y gallardetes, pregoneros de concordia, sin otras señales de respeto, porque en su ánimo no abrigaba sino envidia. Sin hacer alto en estas mentidas demostraciones, endereza luego su embajada al catalán, pidiéndole rendidamente honrar con su presencia la escuadra de su mando, a cuyo efecto tenía aparejado un banquete, si no digno de tan ilustre ~~huesped~~ huesped, a lo menos a medida de su poder, Entenza, como noble de suyo e incapaz de iniquidades, va luego a estrechar la mano de Doria. Pero ¡oh mala confianza! Cadenas le habian ofrecido, cargado de cadenas le arrastran prisionero a una mazmorra, y como una maldad viene casi siempre en junta de otras, primero que partirse, dan al través con la escuadrilla indefensa aragonesa. Por donde los españoles, perdido el General y la mejor parte de los suyos, viéronse en más estrecho círculo, donde moverse era morir,

o vencer, por caso milagroso. Los sitiados en Galípoli, residuo de los victoriosos, alzan por Capitán a Roberto de Rocafort, cuyo ánimo bravo corriendo a nivel de su mañero trato, obró cosas mayores y m'as dificultades, que hasta ese punto consumaran los catalanes en Oriente.

El ejército de Miguel subia a 30,000 infantes, y hasta 20,000 jinetes de alanos, griegos y turcoples. El mismo Emperador, el grande Etriarca y Umberto Polo, General, estrechaban el sitio, mantenido de la enemiga parte por 1,500 hombres, cuya salvación no podia estar fuera de la victoria. Las naves en que pudiesen retirarse fueron barrenadas y echadas a fondo, porque el apego a la vida no venga a causar apocamiento de ánimo, tan uno con la infamia, en trances de ese estilo. Agatocles, rey de Sicilia, dio esta lección egregia, siglos antes, cuando en lucha con los cartagineses, ordenó como se diese al instante al través con los navios, así como sus pies tocaron tierra púnica; con que no hubiera medio entre el éxito feliz de la batalla, y la muerte o servidumbre. Hernán Cortés no hizo otra cosa en su inmortal conquista, siendo para admirarse mucho más la audacia de este varón insigne, por cuanto tal obraba en mundo desconocido, entre^b bárbaras naciones, sin luz que le guiase ni esperanza que le fortaleciese. Bien es se miren coronadas, ~~empresas~~ y muy justo, empresas de tal empuje y preternatural determinación: con ello se muestra claramente a las generaciones, cuánto puede el arrojo y desprecio de la vida, y cómo el hombre fuerte lleva adelante lo que a los ojos del tímido se muestra inaccedero.

En esta coyuntura, Rocafort ordena alzar banderas y sonar cajas contra los sitiadores. El estandarte de San Pedro, insignia de su bando, precede a los invictos, si en número pequeños, grandes en fortaleza, por el ánimo capaces de hacinar montes sobre montes, y embestir con el Olimpo. Abrense las puertas, muévense los catalanes en un cuerpo; y con el ímpetu de un mundo derrumbado, dan en la contraria hueste, atónita de la resolución, no menos que del esfuerzo de tan cortos enemigos. Hiérese, mátase,

empujase con actividad tal y tan grande, que a vuelta de escasas horas, trastornados los griegos, danse a la fuga, haciendo inhábiles las armas. Veinte mil infantes y seis mil jinetes quedaron en el campo, descalabrados éstos, desentrañados esos, todos para pastar de carniceras alimañas. Pres murieron de los victoriosos, cosa que tuviera de la fábula, si hasta los mismos griegos que historian esta aventura, no lo dijieran a una voz, y si de la verdad no constase como Agatocles, con dos mil de los suyos mató 30,000 cartajineses, Annon, su General, entre ellos.

En vista de estrago semejante, Miguel, hirviendo en ira, reúne todas las fuerzas del Imperio, y muy mayores que la vez primera, abalánzase al peligro, teniendo para menos vivir bajo de la ley de tan fieros destructores. Hizo en la batalla lo que príncipe hacer debe, y por su persona se mostró buen caballero; mas el terror, el desorden, la muchedumbre misma lo estragaron todo en una parte, donde el brio, el orgullo y la confianza volvian invencibles a los otros. Quince mil infantes y diez mil jinetes cayeron otra vez a manos de los catalanes, mientras de los suyos se vieron faltar apenas si treinta y seis, cosas de la fortuna, que ayudada del valor no halla gran dificultad, en trances de mayor empeño.

Por este camino iban los vencedores, ya en número crecido, por cuanto las victorias trajeron a sus banderas, gentes de todas las naciones, quienes por el timbre de la gloria, quienes por la codicia, dado que así vencíanse ~~XXXXXX~~ legiones, como acopiábanse riquezas. Y a tal llegó el empuje de los unos como el envilecimiento de los otros, que Fernando de Arenas, persona de alto puesto y gran soldado, con treinta lanzas talaba los arrabales mismos de Constantinopla, degollando cuantos de los enemigos salieran a ponerle freno. Maravilla sin segundo verse la capital de nación tan gigantea, sitiada, maltratada, embestida por tan pocos como trecientos hombres; y Andrónico temblar en sus alcázares; y los griegos, cuan anchamente se extendían, tenerse por ~~esclavos~~ perdidos, por esclavos de esos más que humanos extranjeros.

Todavía no les pareció a los últimos llegada la sazón de hacer alto en la venganza, pues tan a pechos la tomaron, que mientras hombre respirase de los que habin tenido mano en la muerte de Roger, dejar las armas hacíaseles punto de deshonor. Por donde volvió a tomar pie la carnicería un momento suspensa, con ahinco mayor y más zozobrosos incidentes. Retirábanse los masajetas del servicio de los emperadores, cansados de guerrear y ser vencidos: de paz era el pendón a cuya sombra viajaban, pues separarse de los griegos era deslazar intereses, y por el mismo caso, dejar de ser enemigos de sus enemigos. Los Catalanes empero, orillando todo asomo de humana condición, estreman el enojo, abalanzándose a los masajetas, cuyo anhelo se cifra en acogerse a los rincones de su tierra. Gregorio, Capitán de esta bárbara gente, había sido el servidor y principal ejecutor de la muerte del César Roger de Brindez, cosa que hervía en la memoria de los suyos, echando leña al incendio de sus corazones. Dar escape a Gregorio, bañado y fresco con la sangre del César, cosa habría sido para cotejarse con la infamia; a lo menos así se lo creían, y en alas de la venganza, vuelan en pos del fugitivo. Gregorio escalaba el Hemo entonces, montaña que divide términos entre el imperio de Oriente y el reino de Bulgaria: allí le alcanzaron y dieron al traste con él y los masajetas, sin alzar la mano de sobre ellos, hasta no verles cadáveres atodos, nueve mil como eran, fuera de niños y mujeres, escentos de la espada, ni por su condición inofensiva.

Todos murieron, desventurados bárbaros; mas indefensos no, que se aferraron a la resistencia, bregando hasta el último suspiro. Allí se vio como a veces se entrechocan los afectos del hombre, y como naturaleza tras trácada hace mal por bien, sin atinar los lindes en que le cumple detenerse. Porque los bárbaros, al ver sobre ellos la insaciable lanza de los Catalanes, y ninguna esperanza de salvación, antes acudieron a descabezar a sus esposas, que a herir al enemigo, antes a verter la de sus hijas

que la sangre de sus acometientes. La ruina la tenían por averiguada: sobrevivirles sus mujeres, no otra cosa sería que añadir a ella la deshonor: acaben por lo tanto en junta suya las que mácula fueran al guerrero, para quien la muerte, si libre de la infamia, no pasa de ser un lance poco acreedor a penas y temores.

En tanto que Rocafort daba fondo con esos fugitivos, Galípoli era atacada por una flota genovesa, plaza sin más reparo que 150 hombres, a la orden de Montanes, caudillo cuyo valor le traía par a par de los mayores Capitanes. No un interés conjunto con el de los griegos, ni el noble empuje de la gloria, traían a estos genoveses llamando siempre a las puertas de la traición; mas antes la terrera granjería, que a sus ojos se mostraba con visajes de divinidad, en cuyo culto sacrificar ley y derecho, negocio era para ellos de cortísima vergüenza. Guarnece Montanes de mujeres las murallas, respecto a ser escaso el número de varones, en términos que apenas acudirían a su intento: amazonas invencibles, bregaron las tales con la bravura y tesón de quienes pelean por todo lo de esta vida. Montanes en el interior, a la cabeza del piquete veterano, lánzase afuera, y da sobre el enemigo, suspenso de tal audacia, más que de temor del choque. La furia fue tan grande, y la presteza tal con que les acometieron, que los genoveses, muertos unos, prófugos otros, dejan el campo luego y la victoria, haciendo ver una vez más, que el número no vence, sino la valentía.

De triunfo en triunfo los catalanes se encaminaban al señorío del Oriente; y le alcanzaran, si la fortuna, en pacto con la perfidia, no lo estragara todo. Hácese la disensión lugar entre ellos, hace el odio, y a rienda suelta la venganza, llévanles a aventuras indignas de los héroes. Aquel Entenza, General de los Catalanes, después de la muerte de Roger, preso y cautivo de los genoveses, recobra la libertad, no sin graves altercados entre el rey de Aragón y la República de Génova. Siete años transcurridos desde su prisión, Rocafort había mandado solo y absoluto: grandes cosas llevó adelante, proezas sin cuento ni segundas se vieron suce-

der bajo su imperio: con que su ánimo, levantado de suyo, subió al talle de reales pretensiones. Coyuntura no era esta para que Berenguel recobrase el mando, poniendo otras al insigne Rocafort, para quien todavía era injurioso llamarse Andrónico emperador de Oriente. Muere, pues, Entenza a manos suyas; y como quiera que la Providencia no sufre iniquidades, castiga al punto hecho tan crudo, poniendo al ^{autor} ~~autor~~ a merced de quien con él hiciera lo que él con su comilitón y amigo. Una escuadra francesa navegaba, a la sazón, en esos mares, bien por aventura, bien en consonancia de lo que en breve se le vio poner por obra. A fuerza de halagos y respetos, Rocafort pasa a bordo de la escuadra gálica, cuyo Almirante, a despecho de toda ley, carga ^{luego} con él y le echa a los pies del rey de Nápoles, enemigo suyo, el mayor y más cruel que nunca conociera. Muere Rocafort a su vez, y queda sin caudillo la gente aragonesa, aunque no sin corazón, visto que llevaron a más los triunfos, venciendo príncipes, degollando ejércitos, poniendo a saco y llamas gran parte de la tierra.

Andrónico Paleólogo dio a los griegos el ejemplo de la ingratitude: bien la pagó, y no tarde, con ver el reino yermo, las legiones destruidas, en balanzas la corona. Gualterio, duque de Alenas, siguió el torcido rumbo del emperador: recobra sus Estados, invadidos por los príncipes sus émulos; conquistalos a la vez; se satisface de la injuria; grande se torna y poderoso por la espada de los catalanes, cuyos servicios consertara con promesas nunca oídas. Los príncipes se dan por dispensados de las obligaciones, una vez que el vencimiento les descarta del temor, y la necesidad del brazo ajeno queda desvanecida: cuando si las cosa se miraran en su punto, a nadie le corre más estrecho deber de llevar adelante lo pactado, que a los cuya fortuna les encabeza sobre los otros hombres; si no por la consecuencia que les cumple, mayor cuanto más encumbradas, siquiera por cuanto el conflicto puede repetirse, y de nuevo asomar la precisión de los mismos valedores.

Guálterio, sin mirar en la ingratitude y faltamiento a la palabra,

les echa tan alto a los aragoneses, y amenazándoles con pena de la vida, va a herir en ellos todo armado: acción que nada dista de la infamia, cuyo castigo lo padece luego, dejando la cabeza en el campo, y el reino al arbitrio de los nunca vencidos catalanes. Señores del Ducado y de no escasa parte del imperio de Andrónico, alzan por Capitán a Bonifacio de Verona a cuya muerte D. Alonso de Sicilia, hijo de D. Fadrique, rey, es aclamado príncipe de Atenas. El cual D. Alonso, unido en matrimonio a la hija de Bonifacio, da cuna a la dinastía, cuya existencia va adelante de ciento cincuenta años.

De este modo, una tras otra enhiladas maravillosas aventuras, fueran los catalanes uno como reino sobre la sangre humeante de otros príncipes. Vencidos los otomanos, huyen a los desiertos de Natolia; reciben los griegos en seguida la pena de la deslealtad, y al fin Gualterio pierde la vida y el Estado, en pugna con los mismos que se lo habían restituido mayor que cuando lo perdiera. Los Capitanes de tan egregios hombres alcanzaron los títulos más respetados y mayores del imperio: César, Megaduque, Senescal y Almirante, todo lo fueron. Vióse a Roger de Brindez con la veste de grana, el bonete imperial, medias y zapatos azules, sentado en el sillón de marfil, junto a Andrónico Paleólogo, con no menos majestad que el mismo emperador. Echáronle de seguida, así Roger como sus camaradas, al rostro tanta insignia de grandeza: nada quería, si se les apocaba la honra. Una vez enemigos, las contrarias pasiones, que rugían en el pecho, ^{foguearon} ~~foguearon~~ los arranques de la ira hasta la irracionalidad. Amiten en sus banderas a los turcos; vierten sangre inocente a rios; incendian las ciudades; y a brutos, y a las plantas, y a la tierra misma, no les corre mejor suerte que a los hombres. Estraga el conocimiento la iracundia, la venganza se esplaya sin confines: lleváronles los catalanes allende el justo término; pero en hecho de heroísmo, rivales, y no menos de los Macedones en el Asia.